



ANTOLOGÍA
N° 1

TALLER DE CUENTO
(JUNIO - JULIO 2020)

MILAGROS
PRODUCCIONES



ANTOLOGÍA TALLER DE CUENTO

MILAGROS PRODUCCIONES

EDICIÓN: NICOLÁS CRUZ

DIAGRAMACIÓN: CAROL ARAGÓN

Santiago de Chile, junio-julio 2020

PRESENTACIÓN PROFESOR

Hoy tengo el gusto de presentarles la primera Antología de Autores de Milagros Producciones. Esta antología reúne un cuento de cada uno de los autores que participó del taller que se realizó durante ocho sesiones en los meses de junio y julio del año 2020: el año en que estalló la pandemia del coronavirus.

Esta antología es sólo una muestra breve de lo realizado en el taller, ya que los autores que aquí presento se toman tan en serio el oficio de las letras, que religiosamente escribieron clase a clase un cuento, lo que los llevó a crear ocho textos cada uno en ocho sesiones. Una marca de producción perfecta que ningún grupo de talleristas con los que he trabajado hasta ahora a lo largo de los años, se ha acercado a alcanzar.

Ahora que lo pienso, miento, una sola vez pasó lo mismo. Fue en un taller de cuentos que di en el Centro Cultural GAM un invierno del año 2017, para un grupo de jóvenes llenos de experiencia y vida, jóvenes con algunas canas en el pelo, y sesenta años, o tal vez más en sus ojos de niños. El único detalle es que ese grupo mítico que les comento, y el que hoy presento en esta antología, son el mismo grupo.

A través de los cuentos que componen este volumen podremos transitar por distintos escenarios y narraciones que dialogan con la historia de nuestra patria, desde la más reciente, sumida en la lucha contra el coronavirus, y resistiendo a la cuarentena sanitaria, hasta la del Chile del ayer. Es que Astrid, Carmen, Jean Marie, Marcela, Juany, Francisco e Inger, se adentran con especial sensibilidad y talento en el Chile profundo. Ese que a veces se materializa en el sur y las historias de inicios del siglo 19, y otras en la ciudad, en sus amores, sus miedos y las historias memorables y delirantes que en ella habitan.

Los invito a ponerse cómodos, y abrir la mente y el corazón para leer los cuentos que les presento, ya que desde este momento se inicia un viaje breve al mundo particular de cada uno de estos escritores.

Buena suerte,

Nicolás Cruz Valdivieso.



Astrid Tapia van Oordt.

(Nace el 3 de diciembre de 1947 en Santiago de Chile).

Hija de los montañistas Héctor Tapia, oriundo de Linares, y Brunhilde van Oordt, inmigrante holandesa, quienes le inculcaron el amor a la naturaleza y el respeto a los seres que la habitan.

LUISA de ICALMA (1)

“¿Hasta cuándo me tramitai? ¿No veís que me muero por tí? Ya po, dame un besito”. Ante el peligro inminente, Luisa trata de zafarse de la mano del almacenero que la retiene, y de la mirada hipnótica que la subyuga. Logra darle un empujón con el brazo libre, mientras asegura la bolsa con las marraquetas calentitas.

Sale azorada del almacén y decide dar la vuelta a la manzana, para ver si está el buenmozo carabinero de guardia frente a la casa del cónsul vecino. Ya van cinco meses desde que se vino a trabajar en casa particular en Santiago, y se ha reconocido con algunas personas como el Cabo Nabuelpán, que siempre la saluda y le pregunta por Lonquimay, su pueblo de origen. “¿Está todavía el kiosko donde venden digueñes y mote mei frente a la plaza? Yo iba a la escuela General Baquedano en Sargento Bueras ¿Usted se ubica?”. Ella se pone nerviosa y se ruboriza cuando le contesta: “Es que fuimos con mi mamita una vez no más a Lonquimay al mercado a vender piñones.”

Abre la puerta de la cocina y escucha la voz airada de doña Clara: “¿Por qué te demoraste tanto? ¡Te mando a comprar el pan y aprovechas de irte a pasear al centro!”. La rubia patrona le arrebata la bolsa, y va poniendo las marraquetas crujientes en la panera sobre la mesa, donde un platito con palta molida y un azucarero esperan a los alegres y gorjeantes comensales que ya han vuelto del colegio.

Luisa va rápido a la cocina a retirar la tetera que silba agudamente y prepara el té. El olor del brebaje la transporta a su lejano Icalma, donde su familia se arrumaba en torno al fogón para compartir piñones cocidos en una lata de conservas y un mate. Los domingos iban a visitar a la abuela y ella les convidaba té y tortillas de rescoldo. Los inviernos eran largos y severos, caía nieve y a veces pasaban meses sin que pudieran salir de la rica. Así que las salidas eran contadas y la madre se preocupaba de que todas las niñas fueran muy bien presentadas, mientras ella vestía su tradicional atuendo Mapuche, que incluía su trarilonko sobre un colorido pañuelo que cubría su pelo, y una pesada trapelakucha en el centro de su pecho.

Con cuidado va al lavaplatos a rellenar la tetera y sonríe cuando recuerda la primera vez que vio una llave y cómo se asustó al ver salir agua de ella. Tenía quince años cuando los veraneantes se la trajeron en su camioneta a Santiago. Fue bien difícil que le dieran permiso para emplearse con ellos. Fueron donde la Machi para pedir consejo ya que el padre andaba trabajando en la Argentina y la madre dudaba. La autorizaron a partir con la promesa que los patronos la iban a cuidar mucho y que aprendería a leer y a escribir para mandarles cartas.

Había pasado el tiempo muy rápido aprendiendo la rutina del quehacer en la enorme casa en Vitacura bajo las órdenes, y el ojo atento de la Señora Rosita, la antigua empleada que había debido regresar hace unos días a Linares a hacerse cargo de su madre enferma. “Aquí le dejo la casa, Luisa. Atienda bien a la señora Clara, mire que es un pan de Dios. Los martes viene la Doralisa a lavar y a planchar los miércoles. Acuérdesse de dejarle la cocina impecable a la señora Dolores a las nueve todos los días, para que ella trabaje a gusto. Los viernes viene don Guillermo, el jardinero, y hay que tenerle un buen lonche a las ocho, cuando llega. Cuideme bien a los niños”. Ensimismada Luisa va llenando las tazas que ha puesto en una bandeja y saca el queque que dejó la cocinera en el horno.

“¡Ya, pues Luisa, sirve el té para que alcances a ir a la nocturna!”.

Y ella vuela y les entibia la leche a los niños, se come una marraqueta sola en la cocina, corre a sacarse el delantal y coger su bolsito con los cuadernos, y parte rumbo a la escuela pública, donde se encuentra con sus compañeros que la reciben con sendos: “¡Mari, Mari!”, en son de burla, que ella soporta estoicamente.

Se sienta al lado de Juana, proveniente de Sierra Nevada, y juntas, muy serias, comparten algunos cuchicheos antes de que llegue el profesor.

“Este domingo vamos a ir a la Quinta Normal porque se celebra el We Tripantu. Va a estar bonito. Sirva el almuerzo temprano y la paso a buscar”.

Luisa asiente mientras admira la chomba roja que viste su compañera de banco. “Que linda su chaleca”, le dice estirando la mano para tocar el mullido tejido.

“Se la dejé al semanero don Pancracio y le encargué una pollera a cuadritos. Usted anímese y le compra también, total se va pagando de a poco y así anda cacharpeadita. Todas las chiquillas le compran y siempre tiene cosas bonitas en el bolso que anda trayendo. Pasa los jueves como a las tres y silba re fuerte desde la esquina del almacén”.

Luisa regresa justo a tiempo para servir la cena. Revolotea abriendo camas, llenando guateros y ayudando a los niños somnolientos a desvestirse. Recoge la ropa sucia, lustra los zapatos colegiales y deja los uniformes listos en las sillas para el día siguiente. Levanta la mesa, lava los platos y deja todo dispuesto para el desayuno, antes de retirarse exhausta a su cuarto al lado del lavadero.

El despertador suena fuerte a las seis en punto. Se ducha con agua fría, trenza su hermosa cabellera y se perfuma con extracto de violetas. Despierta a los niños con energía y los guía al baño. “Ya mi weñicito (2), métase a la ducha, está calentita el agua”. Y así se va asegurando que cada uno regrese envuelto en una toalla a vestirse, los varones a su cuarto y la niña al suyo. Golpea en la puerta de los patrones: “Ya van a ser las siete, don Pato. Voy a prepararle el café”.

Cuando llegan todos al comedor encuentran las tazas humeantes, las tostadas crujientes y las pailitas de huevos puestas frente a cada silla. “¡Luisa! Tráigame mermelada de mora y mantequilla, por favor”, le pide doña Clara con voz adormilada. “Páseme la cartera que tengo que firmar la comunicación de Sebastiancito. Arrégtele el pelo a la Susi que va toda chascona. ¡Apúrese!”.

Luisa corre recogiendo bolsones, poniendo abrigos y peinando crenchas rumbo a la camioneta, donde don Pato espera que le abran el portón mientras se fuma un cigarrillo mañanero, con el motor de la camioneta andando y las noticias encendidas del Mundial de Fútbol que está en pleno apogeo.

Cuando regresa a la casa, la señora ha desaparecido tras las puertas de su dormitorio, y entonces Luisa se prepara su ulpo bien espeso y su par de huevos fritos, los que come con parsimonia con los ojos perdidos en el recuerdo de su ruca entre las araucarias.

“¿Ah, chi chí, como estará de alta la nieve?”, se pregunta con añoranza y se estremece.

Llega el domingo y sale con Juana, muy contenta. En la Quinta Normal hay una rogativa por el nuevo año Mapuche, el We Tripantu, y se unen al grupo que camina al ritmo de las trutruucas y los cultrunes. Llegan a un potrero y la Machi agita una larga rama de canelo y los bendice. Todos juntos, al unísono, elevan los brazos al cielo para ser bendecidos por el sol, y se agachan a bendecir la tierra varias veces, animados por la rogativa interminable. Enseguida se procede a plantar un canelo removiendo la tierra, mientras la Machi va rogando al ritmo de su cultrún. Dos hombres apisonan la tierra alrededor del árbol sagrado, la Machi lo riega mientras da bendiciones y buenos deseos de prosperidad en el nuevo año a todos los presentes. De tanto en tanto, todos vitorean y dicen “¡Ayayayayayaya!”.

Terminado el ritual, algunas paisanitas venden cucuruchos de digueñes y mote mei. Juana le presenta a su primo Pedro que trabaja en la San Camilo, una gran panadería en la calle San Pablo, casi frente a la Quinta Normal. Ha conseguido una botellita de mudai y anda un poco borracho. Las invita a conocer la pieza en la pensión de la calle Matucana donde vive. Suben una empinada escalera y llegan a un pasillo oscuro, donde Pedro abre un candado sobre una puerta y enciende una luz: “Pasen no más. Voy a calentar agüita en el anafe y nos tomamos un mate con malicia. Tengo harto pancito para acompañar”.

Comparten el mate y ya luego se despiden porque se ha hecho de noche. Quedan de acuerdo para juntarse en la Quinta el domingo siguiente.

La micro de regreso va semi vacía y las amigas conversan contentas. Cuando Luisa llega a su trabajo, ya están todos acostados y la espera una enorme ruma de platos por lavar en la cocina. Sin meter ruido lava, ordena y pone la mesa para el desayuno. Plancha la camisa blanca del patrón antes de irse a dormir.

Luisa siente que no ha descansado nada cuando el despertador le avisa que otra semana ha comenzado. Cierra los ojos abrazada por su ikulla (3) que aún conserva el olor a leña, y se concentra para ver el nevado volcán Lonquimay iluminado por el sol de la mañana. Sus ojos almendrados se llenan de lágrimas ante el resplandor de la nostalgia.

1. *Icalma: Muy peñascoso.*
2. *Weñi: Niño.*
3. *Ikulla: Manta negra con ribetes de color que visten las mujeres Mapuche.*



Juany Leiva Mora

(Nace el 30 de enero de 1951 en Santiago de Chile).

La Literatura es su refugio, una compañía amada, necesaria y silenciosa. El amor por las letras la ha llevado a realizar sus propios relatos y a crear, volcando experiencias propias, personajes intensos, llenos de ironía y humor negro. Defensora de la naturaleza. Feminista. Odia la inequidad, el abuso, y la mentira. Su sueño: lograr escritos que dejen huella.

ROCK HUDSON Y DOÑA ELVIRA.

Rock Hudson se quedaba largas horas al sol, recostado en el marco de la ventana de la cocina observando todo, tanto lo que pasaba afuera, como a doña Elvira desenvolviéndose en los ajetreos de la cocina mientras escuchaba ópera.

Le gustaba mirarla cuando ella subía el volumen y con una cuchara de palo como micrófono, cantaba. Hacía poco que había apagado la vela número setenta. Era ágil y graciosa para su edad.

Él se las ingeniaba para darle a conocer su parecer: con un largo maullido, erguido y con la cola tiesa, significaba que la interpretación era buena; otro igual, pero acostado, si había sido regular; o simplemente un gran bostezo, si no le había gustado en lo absoluto.

De joven, ella soñó con ser soprano, pero sus padres no pudieron costearle los estudios en el Conservatorio, según Rock Hudson le ha escuchado decir muchas veces. Siempre presta atención y disfruta con sus actuaciones. Pero esa mañana le ha notado la voz diferente.

Desde que llegó a esa casa cuando lo abandonaron en la puerta, siendo un muy pequeño y tiritón gatito que apenas se sostenía en pie, fue ella quién lo acogió y alimentándolo con una mamadera, lo salvó de morir de hambre. Le hizo una cama blanda con un guatero caliente para que no extrañara el calor de su madre y de sus hermanos. A medida que fue creciendo, doña Elvira y él se hicieron inseparables.

Ese nombre tan particular que ningún gato tiene, lo eligió ella. Cuando se lo comunicó a don Donosor, su marido, él no estuvo de acuerdo y se burló.

— ¡No seas loca! ¿Cómo le vas a dar órdenes? Un gato tiene que tener un nombre corto como: Sifo, Rolo, Toto, o Mota. ¿No te gusta ninguno? Bueno ¡Ponle Rata entonces!

— Quiero ponerle el nombre de mi actor favorito cuando yo era joven. Con el tiempo se acostumbrará ¡Vas a ver!

— ¡Allá tú! Ponle como quieras, es tu gato.

Así quedó zanjada la discusión y desde entonces el felino pasó a llamarse Rock Hudson, siendo por ello muy especial.

— ¡Rockito venga a almorzar, mire lo que le tengo!

No alcanzó a terminar cuando Rock ya había saltado desde lo alto de la ventana y estaba zampándose el tarro de atún, que se le deslizaba por el suelo de la cocina. Esa era su comida favorita. Después bebió unos sorbos de agua fresca. Ya satisfecho salió a dar vueltas por la casa.

Vio a don Dono leyendo el diario de hojas grandes, mientras esperaba el almuerzo. Le dieron ganas de saltarle encima, pero se contuvo. Le buscó la cara para ver si estaba de buen humor, lo encontró tan serio como de costumbre, habría que alegrarlo frotándose contra sus piernas.

— ¡Gato molesto mira cómo me ensuciaste el pantalón!— Zapateó furioso para echarlo de su lado—. Elvira, quítame a Rock Hudson, por favor. Mire cómo me ha dejado ¡Por la chupalla!—se quejó poniéndose de pie y sacándose los pelos con los dedos como pinzas.

— Viejo, te pasas una escobilla y listo. ¡Qué tanto! No tienes paciencia con Rockito, él lo hace de cariñoso porque te quiere.

Empezaron a almorzar y el escándalo se calmó. Acurrucado desde un sillón, Rock Hudson se quedó mirando fijamente a don Dono, mientras pensaba que él no era santo de su devoción, como solía decir doña Elvira. Entonces decidió dormir su siesta, conformándose con que ella era la única que lo amaba.

Al anochecer subió al techo a juntarse con su vecino Buba. Fueron a cantar al patio de una romana de ojos amarillos, que había llegado hace pocos días al barrio. Como a esa gatita no le permitían salir, debía mirar desde una ventana, mientras el par de enamorados le ofrecían una romántica serenata. Se sentían muy inspirados hasta que alguien, que no apreciaba su canto, les tiró un objeto contundente que por fortuna no les pegó. Muy ofendido y molesto, Rock le dijo a Buba que mejor se fueran a sus casas a comer, pues le había bajado el hambre de tanto cantar. Maullaron otro poco para despedirse y volvieron a sus casas.

Al entrar Rock, vio que todas las luces estaban apagadas. Entonces se acordó que era el día en que don Dono salía a jugar cacho con sus amigos. No vio a su ama, ni sintió ningún ruido. Le pareció raro pues ella no salía sin avisar. De pronto escuchó un quejido, subió veloz la escalera y la vio tirada en el piso. Su intuición gatuna le dijo que había que

hacer algo rápido. La amasó con sus patas delanteras porque sabía que eso a doña Elvira le daba risa. No le dio resultado, la mujer seguía quejándose y respiraba con dificultad. Le pasó la lengua por la cara, por las manos y se las sintió frías. Entonces Rock Hudson corrió donde Buba en busca de ayuda, y cuando le contó lo sucedido fueron donde su dueña que estaba viendo televisión. Los dos intentaron pedirle auxilio, desesperados. Rock incluso le mordió el pantalón.

– ¿Qué les pasa gatos molestosos?– les respondió furiosa la mujer– Entonces le tomó el pellejo del cuello, y lo llevó hasta la puerta trasera – ¡Ya, partiste Rock Hudson!

La dueña de su amigo lo lanzó al patio y cerró con un portazo. Rock Hudson escuchó a Buba que insistía en seguir dándole explicaciones de la tragedia, pero fue inútil, ella lo hizo callar. A toda carrera regresó donde doña Elvira que estaba helada, y se acurrucó a su lado para traspasarle su calor. El reloj del comedor dio diez campanadas. Era la hora en que volvía don Dono.

Rock Hudson maulló muy despacio para tranquilizarla. Ya llegaría ayuda.

–Rock, me estoy muriendo– le dijo su ama con un hilo de voz.

Él no quiso despegarse de su lado. Sintió el ruido de la llave en la puerta de la calle. Cuando el amo llegó al dormitorio y vio la escena, intentó subir a doña Elvira a la cama, pero le fue imposible.

– ¡Elvira por Dios, qué te ha pasado!

Trémulo le tomó el pulso, aún tenía latidos, pero respiraba apenas. Le puso una almohada bajo la cabeza y la arropó con una frazada. Rock Hudson seguía pegado a ella.

Don Dono telefoneó agitado a urgencias, y después a su hija Matilde, que no tardó en llegar con Felipe, el nieto que tan cariñoso era con sus abuelos y con el gato. Doña Elvira agonizante logró despedirse de ellos con gran dificultad y les pidió que cuidaran de don Dono y del gato.

La ambulancia tardó mucho en llegar. Ella ya casi no reaccionaba, entonces cerró los ojos y nunca más los abrió.

Lo que vino en los días siguientes fue muy confuso para Rock Hudson. Se sintió desamparado al saber que su ama no estaría, ni cantarían nunca más para él. Llegaron muchas personas a darle el pésame a la familia. Como nadie le prestaba atención, se escondió en la cocina hecho un ovillo detrás del refrigerador.

¿Qué los gatos lloran y no sienten la pérdida de sus amos? Pues este sí, y su dolor era tan grande que hubiera querido salir corriendo por los tejados hasta perderse, o ir a un muro a maullar, para que le dieran un ladrillazo en la cabeza para poder irse con ella.

En el preciso momento en que estaba por arrancar buyendo por la ventana de la cocina, entró Felipe hastiado de toda esa gente que lo abrazaba solo por cumplir. Ninguno de ellos le quitaría la tristeza de haber perdido a su abuela tan querida.

—Rock, nos quedamos sin la abuelita Elvira— le dijo llorando.

El gato ronroneó confortado al sentir el cálido abrazo del niño.

— ¡Te prometo que nunca te voy a dejar solo, vamos a estar juntos en las buenas y en las malas! ¿Ya?

Rock Hudson le secó con la lengua las lágrimas, agradecido.

Matilde, finalmente logró convencer a su papá de irse a vivir con ellos y llevar también al gato.

— Sí hija, tienes razón, es lo mejor para todos. Además ese fue el último deseo de tu mamá y tenemos que cumplirlo —le contestó comprensivo.

Antes de abandonar la casa, Rock fue por última vez con Buba a cantar una lastimosa serenata a la gata romana. Esta vez cuidándose muy bien de no recibir ningún proyectil. El par de amigos ejecutaron largos maullidos para despedirse de la vecina y de sus correrías gatunas.

Ya en el auto, Rock Hudson iba cabizbajo en su caja. Imaginaba que nuevamente se iba a encontrar con doña Elvira y con su amigo Buba, ya que si los gatos tienen siete vidas, como decían, en alguna de ellas lo más probable es que volvieran a estar juntos.



Francisco Abarzúa

(Nace el 20 de Julio de 1947 en Tregualemu, sector campesino de la comuna de El Carmen, Provincia de Ñuble, Chile).

Francisco es por sobre todo un frecuente viajero del espacio, amante de la Pachamama, si le piden definirse en pocas palabras diría que es ola solitaria rompiendo entre las rocas.

Maitén siempre verde que cobija a los chunchos.

EL ARRULLO DE LAS TÓRTOLAS

Afuera nevaba copiosamente, por lo que la familia se había arrimado temprano en torno al fogón. La llama de los leños dibujaba las siluetas en las paredes oscurecidas por el humo de los años. El abuelo secaba sus botas y el poncho, mientras la abuela le estiraba un mate, y continuaba girando el uso con el que hilaba el enorme vellón de lana blanca como la nieve, que podía verse a través de la ventana. A diferencia de otros inviernos, los nietos habían venido en patota a pasar sus vacaciones a la estancia, algunos ya en la universidad en Buenos Aires y los otros aún en Esquel.

Quizás por haberlo escuchado, o porque en el colegio se lo habían enseñado, uno de los mayores, simulando a Martín Fierro o al uruguayo Juan Pedro López, lanzó la arenga poética:

“Nevaba copiosamente

En la estancia de La Ermita,

Los leños y su llamita

Daban calor a la gente.

Dijo un nieto de repente

¡La pucha que me congeló!

Echále un tronco e´canelo

Para animar el fogón;

Que historias de su Facón

Nos va a contar el abuelo”.

Fue tal la algarabía que la copla despertó, que apaciguados los aplausos y los vivas, todos apremiaron al abuelo.

–Vamos. Contános todas esas historias, abuelo.

Pidiendo que le alargaran otro mate, se acomodó en el sillón y accedió a la petición de sus nietos. El abuelo había nacido en las inmediaciones de esa extensa pampa, conocida como Putrachoique, en el territorio del Chubut. Su padre llegó allí desde Chile, en aquellos años en que el gobierno argentino, con la intención de poblar esos extensos territorios desolados, repartió importantes extensiones de tierra, principalmente aptas para la actividad ganadera,

particularmente ovina. Su madre, aun siendo argentina, provenía de una rama de mapuches que poblaron la zona de Las Vayas y Junín de Los Andes, también provenientes de Chile.

—Miren pibes, yo antes de aprender a caminar, ya sabía arriar las ovejas. Papá me llevaba en la montura de su caballo, y tendría unos cinco años cuando tuve el propio y mis perros ovejeros. Me encantaba esa vida, tan libre como los guanacos, como el vuelo del cóndor, como el viento y las nubes que corren sin límites, pero todo cambió para mí al cumplir los nueve años. Acá no había escuelas en cien millas a la redonda, de modo que mi padre decidió que me llevaría a Chile, a aquel pueblito de El Carmen, cerca de Chillán, desde donde él venía. Allí había dejado un muy buen amigo, un profesor con el que intercambiaban cartas.

— ¿Y te llevaron hasta allá con sólo nueve años y tú no dijiste nada?

— ¡Y qué iba a decir! En aquellos años no se contradecía ninguna orden de los mayores.

— ¿Y cómo viajaron? ¿En bus?

— ¡Ay, Panchito! Qué bus ni que nada, no había ni huellas por acá. Se comenzó a preparar nuestro viaje, mamá me hizo algo de ropa y me construyeron un baúl con varillas de mimbre. Una mañana temprano partimos con papá con tres caballos, uno para la carga y los dos mejores tranqueadores para nosotros. Viajamos todo un día sin parar, hasta el Maitén, viste, por allá más al norte de El Bolsón, pero por la pampa, allí alojamos en una hospedería y al día siguiente tomamos el tren, ese de la trochita angosta, que nos llevó a Bariloche.

— ¿Y los caballos, abuelo? ¿Qué hicieron con ellos?

— En esos tiempos eso no era un problema, se quedaban ahí hasta el regreso.

— ¿Y después de Bariloche, cómo siguieron?

— Ahí tomamos una embarcación que nos llevó navegando por el lago Nahuelhuapi, por uno de sus brazos hasta Puerto Pañuelos. ¿Saben qué significa Nahuelhuapi?

— No— respondieron los nietos.

— Significa en mapudungún Isla del Tigre. ¿Y saben qué significa Putrachoique?

— Tampoco— dijeron los niños.

— Panza de avestruz.

— ¿Y qué significa Bariloche, abuelo?

— ¡Gente del otro lado! Se dan cuenta muchachos como eran de sabios esos pueblos antiguos, y como le daban sentido a todo lo que nombraban. A ver ¿Por qué sería Gente del otro lado?, ¿Del otro lado de qué?

- ¿Del otro lado del lago?

- ¡Exacto! Y si ustedes revisan otros nombres, todos tienen un profundo significado. Desde Puerto Pañuelos debimos hacer un tramo por una pequeña huella por entre un hermoso y tupido bosque de alerces, coigües y cipreses, de unos dos kilómetros, donde un pequeño camión llevaba nuestras cargas. Algo que de verdad me sorprendió y nunca podré olvidar, aunque quizás ustedes no lo crean, fue un alerce milenario, de un tronco de tal tamaño, que el camino pasaba por su

interior y por ahí pasó el camión con nuestras prendas, por el medio del tronco del alerce. Entramos a Chile y poco más adelante llegamos a la localidad de Peulla, en el extremo oriente del lago Esmeralda, más conocido como el de Todos los Santos, Esmeralda es por el color de sus aguas. A medida que nos internábamos en Chile, el paisaje era cada vez más verde y hermoso, muy distinto a la pampa argentina y aunque hoy esté nevando, estas tierras son áridas, secas y con muy poca vegetación.

– ¿Por qué es eso, abuelo?

– Bueno, ¿quieren que les vaya explicando todas estas cosas o les sigo narrando mi viaje a Chile?

– Las dos cosas, abuelo, para eso estamos de vacaciones y tenemos toda la noche.

– Mirá, che, lo que ocurre es que todos los frentes se producen en el Océano Pacífico, por las corrientes marinas, como la famosa de Humboldt, y el viento las trae al continente, las nubes se descargan en los valles chilenos y en los bosques de la cordillera, y para este lado pasa el aire casi sin humedad, por eso acá es tan árido.

– Che, seguí, van navegando en el lago chileno.

– Para mí eso era maravilloso, asombrándome con dos hermosos volcanes, el Puntagüedo y el Osorno, ambos todavía con nieve, a pesar de ser fines del verano. Desembarcamos en Petrohué, donde nace el río, ese de los famosos saltos. Cayendo la tarde, viajamos por la ribera de otro enorme lago, el Llanquihue, y finalmente llegamos a Puerto Varas. Al día siguiente tomamos el tren que venía de Puerto Montt. Ese tren tenía mucha vida, artistas cantando, vendedores que subían en cada estación a ofrecer de un cuanto hay, nalcas, chupones, tortillas, patas de chancho con ají, quesos y de todo. Cuando caía la tarde, casi de noche, nos bajamos en la estación de Bulnes, un poco al sur de Chillán y dormimos en casa de unos parientes de papá. Al día siguiente, con la salida del sol, llegó el tío Tomás, hermano de papá, con tres caballos a buscarnos. Para mí todo lo que observaba en ese viaje a caballo era nuevo, un paisaje tan distinto, tan verde, alamedas interminables, tan diferente a lo que conocía acá, pampa inmensa, viento, coirón y ningún árbol.

– ¿Y ese tío Tomás te llevó a su casa?

– No, papá le pidió que nos dejara donde su amigo, el profesor Manuel Sandoval, que vivía en las afueras del pueblo de El Carmen. Como ya era marzo, no alcancé a conocer a los primos ni al resto de la familia, tuve que ingresar de inmediato a la escuela. El profesor Sandoval era el Director de la escuela, una muy buena persona. Esto para mí fue un gran cambio, ingresar a la escuela, tener compañeros y compañeras, salir a los recreos y conocer algunos juegos de esos niños, que nunca había visto, las bolitas, el trompo, el emboque, el zunchito y el caballito de bronce. Las chicas jugaban a saltar la cuerda, el luche y a las naciones. Yo no conocía nada de eso, habíamos crecido solos en la estancia. Mis hermanas eran más pequeñas y los pocos niños que conocíamos estaban como a dos horas a caballo, papá y mamá nos llevaban para las faenas de la señalada y la esquila, pero eso era sólo dos veces al año.

– ¿Y cómo era eso del canto de las tórtolas? Contános, por favor, Agustín.

– Eso no quisiera recordarlo, es muy triste, mirá que han pasado más de setenta años y todavía cuando lo recuerdo se me aprieta el corazón.

– Pero contá no más viejo, queremos saberlo de tus labios, no por lo que nos han contado nuestros padres.

El abuelo acomodándose en el sillón y estirando las manos al fuego, buscando en la llama de los leños el calor para el frío del momento, pero a la vez para encender la llama interna que le entibiara aquel lejano y entumecido recuerdo, continuó.

—Me comenzaba a gustar ir a la escuela. Nos íbamos a pie con el señor Sandoval, no quedaba tan lejos, a unos dos kilómetros. El profesor aprovechaba de instruirme en el viaje, repasándome las tablas o contándome algunos cuentos campesinos. Yo sólo asistía en la mañana, en la tarde el señor Sandoval debía regresar y ahí era cuando su esposa, muy campesina ella, no podía verme desocupado por lo que me mandaba a hacer múltiples tareas, especialmente en su huerta. Eso que sus papás les han contado era cuando debía ir más lejos, a otros potreros, a cuidar a unas pjaras de chanchos a la orilla de un estero. A pesar de que eso no me demandaba mayor esfuerzo, sólo tenderme en el pasto y cuidar que los chanchos no se alejaran, hubiera preferido hacer cualquier otra labor pesada. Todo era silencio, apenas un suave murmullo del agua del estero o el galope lejano de algún huaso que volvía del pueblo a esa hora. En ese momento, las tórtolas iniciaban su suave arrullo lastimero, que no es un canto como el de las demás aves, que trinan o gorjean bellas melodías, sino que es tan nostálgico que invitan directamente a la tristeza y el llanto. Ese ruu ruu ruu, pausado, repetido y lastimero, conmueve hasta un corazón de piedra. Al escuchar eso me era imposible evitar trasladarme a las lejanas pampas de Putrachoique y a la cocina donde se me aparecía la imagen de mamá, con su eterno ir y venir, haciendo sus quehaceres, con su moño de abundante pelo, su delantal florido, sus manos enormes, pero tiernas, y esos grandes ojos negros, herencia de su raza mapuche. No podía evitar ponerme a llorar, sentía una tristeza enorme, que mi corazón se apretaba y arrugaba en muchos pliegues y lo único que deseaba en ese instante era estar a su lado.

— ¡Y obvio que no había teléfono, abuelo! ¿Pero sí te escribían alguna carta?

—No, no había teléfono ni tampoco cartas, ni mamá ni papá sabían leer ni escribir y las hermanas eran más chicas.

Se hizo un silencio, como esos cuando en la pampa deja de soplar el viento. Algunos de los nietos mayores se pusieron de pie y abrazaron al abuelo, observando una lágrima que bajaba por sus mejillas y escuchando su quebrada voz.

— ¿Y cuánto duró ese tiempo que estuviste por allá?

—Tres años, desde 1918 a 1921. Recuerdo el año 1920 porque Arturo Alessandri Palma fue elegido presidente de Chile, le decían el León de Tarapacá.

— ¿Y cómo regresaste? ¿Te fue a buscar tu papá?

—No, regresé sólo, pero con una gran angustia en mi corazón. Había llorado tanto extrañando a mamá, que sentía que en cada lágrima se me había escapado gota a gota la silueta de su rostro, y temía no poder reconocerla, ya que me habían avisado que vendría a esperarme a Bariloche.

— ¿Ella te fue a esperar a Bariloche?

—Sí.

— ¿Y la reconociste?

— ¿Qué creen ustedes?

— ¡Contá! ¿La pudiste distinguir?

—Ta, Ta. Ta. Tan...como en los cuentos de hadas, pasó por un zapatito roto, que cuando nos vuelvan a ver, se los contaré con porotos.



Inger Kock

(Nace el 27 de julio de 1940 en Concepción, Chile)

Crecida entre el campo y la ciudad, en eterno péndulo de vivencias que no acaban en la memoria. Traslado maduraciones entre sur y norte chilenos y un leve anclaje en Europa. Preciso sueños y lucidez entre ser mujer, madre, pariente, amiga. Amante fiel de las palabras y sus juegos, vive seducida por las ilusiones que estas crean.

NEBLINAS

Aquella noche salió más temprano. Ya sabía dónde ir para encontrarse con el otro. “Qué quietud”, musitó para sí mismo cuando atravesaba las calles desde su casa hacia la Gran Avenida de los Espíritus. Aún no se acostumbraba a este barrio, y el nombre de esa calle de doble tránsito, la de más historia en esa ciudad, lo tenía algo perplejo. Caminó más rápidamente, atravesó el parque con soltura pues lo había estudiado con cuidado durante los últimos días. Se detuvo cuando ya faltaban pocas hileras de árboles para alcanzar la calzada. Apoyado en el tronco de uno de los árboles, esperó. Observaba la distancia que mediaba entre los focos de luz de los postes y esos árboles que flanqueaban la avenida central. Si el otro pasaba habría tiempo para reconocer su silueta de árbol en árbol. Y lo vio, transfigurando la luz. Surgió de pronto desde su izquierda entre los árboles de la primera fila. Al parecer, eso dedujo, igual que él caminaba tratando de no exponerse tanto a la luz de los faroles. Ahora se enderezó muy lentamente, no quería apresurarse. La visión de ese hombre entre luz y sombra era imprecisa, y se dejó seducir, como solía, por lo que acompañaba a la figura. Por aquello que la hacía real, decía él en su lenguaje.

—No hay nada si no lo ves en un entorno. No existe aquello que no tiene definición en el espacio. ¿Entiendes? Necesitas las coordenadas — le decía a su mujer en los breves minutos en que ella callaba y lo dejaba a su propio arbitrio mental.

Aquí, la neblina persistente de estos días sumergía el entorno en difuminados cotos de luz y sombra, y transfiguraba toda forma y movimiento. Usó esa palabra, se había enamorado de ella, era la precisa. Desmaterializaba la materia, los objetos. Sacó la lengua varias veces seguidas y la pasó por los labios con rapidez. Pareció algún tipo de animal serpentino, se sorprendió pensando, y sintió su lengua como limada por los bigotes. Ya sabía que los tenía duros. Su mujer lo decía: “¡Pues te los rasuras!”.

Se pasó nuevamente la lengua por el labio superior. Imaginó ese movimiento rápido de un lagarto, buscando en el aire con las células de su lengua la inspiración para el siguiente insecto a cazar en su vuelo. Aspiró fuerte el aire húmedo. Expiró suavemente, mientras giraba el cuerpo hacia la derecha, siguiendo el rumbo del transfigurador de luz.

— Ahora no, está buscando algo.

No percibía ningún cambio, el otro se movía como antes, con una especie de blanda soltura a través de la gelatina blanca que vaciaba realidades. Y al moverse creaba otras, eso veía. Se abría un espacio, se cerraba, y era otro el que le esperaba.

— Los fenómenos de la luz y de la niebla —decía, y miraba a su mujer a la frente, pues no soportaba su mirada— No los entiendes, ¿cierto?

Veía a ese otro como en un nado a través del albo aire. Dejándose llevar por algún impulso, parecía seguir el ritmo de un motor que lo movía. El hombre ahora se detuvo bajo el siguiente farol, a un paso de la calzada, parecía haberse quedado petrificado, con un pie apenas apoyado en un siguiente paso. Cómo una idea sólo esbozada, sin vínculo con la materia aún, así quedó. ¿Quizás lo había oído a él, percibido de algún modo?. Lo que veía él mismo, pues seguro que aquel también.

— Podría ser—le diría a su mujer, cuando regresará a casa y le entregara su historia del día, como siempre.

Vamos paralelos, yo lo sé, él no, en esa neblina vamos como en un mismo líquido. Claro ¡Eso es! El mismo líquido, ese gas de agua, ¿no? Lo compartimos. Y ahí él va percibiendo lo que yo. O quizás no, él mismo evitaba faroles, no era igual. No jugaba con las luces, no se exponía.

— Jamás te atreves. Eres tan cobarde. Guárdate. —le decía ella.

Le decía que se cuidara, que no se aventurara. Lo amonestaba por poco hombre; lo protegía por serlo. Cuando algún vecino iracundo quería romperle las fauces, por no reaccionar como todos esperaban, pues él era distinto, ella se paraba en el pasillo, delante de la puerta de casa abierta, indómita.

— ¡Pues a mí!—gritaba.

Su voz estruendosa detenía a todos. Y luego sin volverse hacia él, parado a sus espaldas, con la mirada fija en el enemigo potencial, alargaba una mano haciendo el gesto de empujarlo.

— Entra a la casa, maricón.

Luego lo manoseaba, después de cerrar la puerta. Le daba golpecitos en la cabeza, bajaba la mano a sus hombros, a su cintura.

—Mijito. Nos cambiamos a esta ciudad, pensaste que sería diferente a tu vida en la capital ¿Eh?

Sintió en este momento de nuevo la eterna impotencia, y a continuación, le surgió en vívida sensación esa brasa ardiente en su interior. Aquella que le impelía a salir, cuando ella al fin dormía. Pero esta vez dudó acaso eso era un equívoco de su ser, como siempre lo había interpretado. Hasta ahora el impulso siempre había sido efímero. Y entendió de pronto que era por el frío, no el de este parque, sino aquel que le crecía en casa, el que lo paralogizaba. Aquel que mataba al fuego.

—Quizás, ¿no?, es el momento de saber.

Se dio cuenta que había hablado en voz alta, miró hacia la avenida iluminada. Nada había cambiado. Aspiró con vehemencia la masa de blancura que lo rodeaba, sintió que se le adentraba hasta el esternón, más abajo, que lo blanqueaba hasta los talones, lo atravesaba. Atónito ante la imagen que se desarrollaba en su interior, que le pareció de realidad absoluta, dejó de respirar, para luego de una pausa aterradora volver a aspirar aire, aire. Aire vivo.

—Soy un poeta.

—Eres un bulto, un cerebro suelto en la patraña de tu vida. Vuélvete hombre. Hazte algo. Hoy volví a quemar papeles, otro de tus estúpidos relatos. Que en la neblina está la verdad. Y su belleza.

La ironía quebraba cualquier voluntad. Desde su silla la había mirado con vaguedad, disimulando su angustia. ¿Ella le había leído? Doblado en dos, sentado a la mesa del comedor con la mano alzada sosteniendo la cuchara de sopa, en la otra un trozo de pan. Aguantando.

La sombra comenzó de nuevo a avanzar, siempre en la misma dirección, siempre bajo el alero de las ramas detrás de la primera fila de árboles. Dejándose iluminar en cada siguiente foco del alumbrado público.

—Exponiéndose, es que se expone —creyó sólo pensarlo, pero se oyó decir esas palabras. Sintió temor. Y ya no se movió. El otro iba saliendo de la sombra de los troncos, entrando a la transmutación de realidad en ese baño lechoso que lo rodeaba cuando se encendía sobre los contornos de su cuerpo la luz, estallando sobre sus hombros y su sombrero alón. Parecía mojado. El agua en el aire. Ya era tarde, había condensación. Estaba bajando la temperatura, veía gotas sosteniéndose en los bordes de su vestimenta. De aquella boca bajo los focos salía un hálito de vapor. Vio todo aquello ahí, a pocos metros, se movía de nuevo en la misma dirección que el otro, y observaba.

—Cuando te conocí, eras otro. ¡Qué bonito leías aquellos poemas! Me enamoré de tu voz. Ahora ya no lees. Y no recuerdo tu voz. ¿Estarás mudo para siempre? Ven, mijito, vamos. Hoy eres mi príncipe.

Eso le dijo hace algunas horas, eso. Y su reacción después fue triste, lenta, para todo parecía tarde en su vida. ¿Mudo? Sí, a pesar de este don de ver la realidad real. Transmutada. El otro avanzó ahora más rápido. Se desfragmentaba y recomponía entre el juego de una y otra farola a un ritmo nuevo.

–Te espero– le dijo.

Quedo calladito. Tenía voz, pues sí. Ya vería ella. Voz, tenía. No a ti, no a ti, sino a ti. Alzó la pera y la apuntó hacia el otro. El transfigurador.

– Te tengo, voy por ti. Ya estás casi en el lugar–susurró apenas, palabras al borde de un silencio seguro.

Avanzaban ambos en un doble sendero de energía concentrada, el poeta experimentaba ese intenso placer de saberse parte y artista del proceso.

– Ya verás.

Esto último se lo dijo a sí mismo. A esa parte de él aplastada, la maricona, esa nada. – Ya verás.

Cuando la policía llegó ululando y la ambulancia chilló largo rato al alejarse en la avenida invisible, fue como un sonido perverso que trepanaba su cerebro. Cerebro suelto. No había alcanzado a darse cuenta. De un salto el otro lo había alcanzado, lo transfiguró a su vez, ya no de palabra, ya no de visión como él, el poeta, hacía con las realidades, simplemente asestó el golpe de cuchillo y lo mandó al suelo con esa herida, vaciándolo de sangre que se perdería en la hojarasca, y cruzaría la tierra hacia las raíces del árbol cercano.

Era una soleada y fría madrugada de otoño.



Jean Marie Reuter Lacan

(Nace en 1945 en Niza, Francia).

Llegó a Chile en 1982 como profesor de ski. A partir de 1983 fue Director de Liceo Franceses en Chile y en Argentina. Entusiasta principiante en la escritura.

CUÉNTAME LO QUE PASÓ...

Como todas las mañanas desde el inicio de la pandemia y la pequeña paréntesis verde, salgo de la casa con mi mascarilla. Debido a las contingencias, la polución atmosférica de nuestro pueblo planetario siguió al alza y no bajó nunca más... Crisis económica, el reporte no era compatible con la transición ecológica. Las fuentes energéticas fósiles seguían siendo más baratas, a pesar de su rarefacción, que las soluciones alternativas. Sin contar que debido a oscuras consideraciones estratégicas, el precio del petróleo seguía en su nivel más bajo. Bueno, el hombre solo sabe ser racional al corto plazo.

Mi computadora me informa tempranito de los porcentajes de polución en el aire, dióxido de azufre, monóxido de carbono, ozono, benceno, plomo, sin olvidarse de las partículas finas. Todas las alarmas están en rojo, los días de smog siguen sin parar. Afortunadamente tengo una mascarilla todo terreno. Me costó un dineral, pero no podía elegir siendo asmático, además solo tengo que cambiarle el cartucho una vez al mes.

Muy a menudo me encuentro con mi vecino de piso en los pasillos del edificio. Siempre anda vestido de andinista, gorro, parka, pantalón de montaña, mochila, cuerda de escalar, y otros artificios. Él también lleva una mascarilla, pero respiratoria, con una botella de aire comprimido puesta en su mochila, lentes de gruesas monturas, transformando al personaje en un verdadero búho urbano. Es un solitario taciturno, no habla mucho, solo "Buenos días, buenas tardes".

Un día me contó que se llamaba Marco, tenía 58 años, había sido profesor de historia, y su segunda mujer había muerto de un problema respiratorio. No supe si antes o después de la pandemia. Había hablado demasiado.

— ¿Por qué se pasea todos los días con tenuta de montañista?

— Me gusta escalar.

– ¿En Santiago? ¿En el cerro San Cristóbal o en el Santa Lucía?

No pareció afectado por la ironía de mi pregunta, simplemente cortó nuestra conversación.

Al otro día me atreví a preguntarle de nuevo:

–Dígame su secreto ¿Va a subir el Panorámico?

–No, me gusta ir a escalar a Las Chilcas– me dijo riéndose.

–Ab, escalar en roca, a mí también me gustaba. Veo que tiene un color de piel envidiable en comparación a todos nosotros.

Estaba lloviendo fuerte sobre la ciudad; sin tomar en cuenta mi reflexión, me dijo:

–Me gusta la lluvia...

No pude contestar, la lluvia no es lo mejor para la escalada. Si bien es una bendición, porque saca partículas finas y hace que el aire sea más respirable, no es muy recomendable para este ejercicio. Me quedé pensativo, mis dudas sobre mi vecino se hacían más agudas. Andar con unos aparatos de aire comprimido supone estar muy enfermo o tener una buena situación económica. ¿Habría sido beneficiado por el 10% de las AFP?

Parecía tener una buena salud, sobre todo para practicar su deporte favorito. Yo mismo me veía pálido, gris, cuando me miraba en el espejo. Tenía que resolver este enigma.

Mañana es sábado, voy a tratar de seguirlo. Me levanto temprano, tenida deportiva para no perderme nada de las actividades de mi vecino. Tomo mi café detrás de la puerta, atento al más mínimo ruido proveniente de su departamento. Ya se levanta, va al baño, se ducha. Listo... Cuando sale, dejo pasar un tiempo prudente antes de seguirlo. Va raudo hacia el Metro. Alcanzo a subir en el mismo tren. Se baja en Pedro de Valdivia, yo también. Camina en dirección al Cerro San Cristóbal, no es la mejor forma para llegar a Las Chilcas, Ruta 5 Norte.

Se para frente a unos arbustos, se abre paso entre el follaje, hago lo mismo hasta que una mano firme me agarra el brazo.

– ¿Por qué me estás siguiendo?

–Es que quería saber...cómo lo hacía...

– ¿Cómo hacía qué?

–Para tener este tono de piel a pesar de la polución y de su máscara.

Mi vecino se pone a reír, luego me empuja hacia un túnel que se abre en la roca.

—Pronto lo vas a saber, señor Copucha.

Entonces saca una lámpara de su mochila, y me hace señas de seguirlo por un conducto estrecho que va bajando en el vientre de la montaña.

—No te preocupes, el camino es largo, oscuro y estrecho, pero vale la pena.

Caminamos entre paredes de rocas, dos veces bajamos una escala de cuerdas. En lo que parece ser el último tramo se ve una luz, se escuchan voces.

— ¿Dónde estamos?

Estoy asustado, pero no hay forma de dar vuelta atrás, el hombre búbo me lo impediría.

De repente llegamos a una gruta de grandes dimensiones, parecida a una catedral. Desde el techo cuelgan las stalactitas. Mi vecino se saca la máscara y me invita a hacer lo mismo. Un grupo de personas nos recibe. La sala está repleta de bicicletas estáticas ocupadas por gente pedaleando. No sé cómo llegaron aquí. Ante mi cara de sorpresa el hombre búbo me dice:

—Tienes que jurar guardar silencio sobre este lugar.

—Lo juro, pero no entiendo que están haciendo aquí.

—Con estas máquinas producimos la energía necesaria para el aire que respiramos, llenamos nuestras botellas del aire comprimido que nos permite tener siempre aire puro una vez afuera. En las entrañas de la tierra no hay contaminación. Ahora súbete a una bicicleta y empieza a pedalear, así tú también ganarás tu aire con el sudor de tu frente, y recuperarás en poco tiempo el tono de piel que todos han perdido arriba. Si te preguntan cómo lo haces podrás hacerles creer que vienes de la montaña.

Suena mi despertador, miro la hora, la fecha es el 28 de julio del 2020, estoy en mi cama, terminó la cuarentena y tengo que ir a la oficina. Escucho la puerta de mi vecino, él también debe ir a trabajar, como antes, vestido con su traje negro y su maletín en la mano.



Marcela Jiménez de la Jara

(Nace el 5 de febrero de 1942 en Santiago de Chile).

Doctora en Sociología. En el terreno literario ha participado en diversos talleres de escritura y ha publicado dos libros de relatos autobiográficos. Participó además en una edición conjunta de poemas, liderada por el premio nacional, Raúl Zurita.

¿DES CONFINAMIENTO?

1.

– ¿Echas de menos la prisión, Isabelita?

– ¡Horrores!– contestó ella.

Isabel era una heroica republicana española que después de haber sido condenada al “garrote vil”, debió permanecer diecinueve años en la cárcel, hasta que la solidaridad internacional intercedió por ella y pudo partir refugiada al área socialista.

Cuando indagamos sobre su historia, nos contó que había sido apresada a los 17 años por ser dinamitera y estafeta en la resistencia al fascismo de Franco, y que su compañero y padre de su hija, había sido fusilado cuando solo tenía 19 años.

El diálogo se produjo entre Isabel y nuestro padre Oscar, quien durante su juventud, y también por razones políticas, había tenido que permanecer en la cárcel en repetidas oportunidades.

Y fue así como estos dos ex presidiarios recordaban con nostalgia sus respectivos encierros.

2.

¿Es lo que nos ocurrirá a nosotros cuando por fin se dictamine que podremos salir a la calle?

Y ante esa posibilidad, una mezcla de temor y de incertidumbre me invadió entera.

Se nos informa que después de la pandemia del corona virus que nos ha mantenido encerrados desde hace casi tres meses, por fin podremos salir al exterior. Serán dos horas cerca de nuestras viviendas y el solo pensar en ello asusta e intranquiliza. Preocupa el horario, que al menos yo desconozco. ¿Es de 10 a 12 y de 15 a 17 horas?

Al parecer sí; es lo que dicen las noticias.

¿Era mejor estar reclusa?

Nos lo contesta Viktor Frankl en “El hombre en busca de sentido”, al analizar la situación del prisionero que ha sido liberado.

“Y se izó la bandera blanca a la entrada del campo. Al estado de ansiedad interior, siguió una relajación total. Pero se equivocaría quien pensase que nos volvimos locos de alegría”.

Y continúa Frankl describiendo su sentir:

“Llegamos a los prados cubiertos de flores. Las contemplábamos y nos dábamos cuenta que estaban allí, pero no despertaban en nosotros ningún sentimiento”.

¿Ocurrirá eso cuando salgamos a hacer uso de nuestros permisos?

Es probable que sí.

Al menos yo, extrañaré la vida sin tiempo ni relojes que me invitaba a seguir revisando estantes, y a reordenar esas cajas plásticas entre las cuales se descubrieron tantos tesoros estacionados; aparecen, por ejemplo, cartas enviadas y respondidas en los 90, correos electrónicos de la hija lejana que disfrutaba de sus viajes artísticos por los países bajos, pequeños juguetes de los nietos y piezas de rompecabezas, además de tapas de esas cajas de madera que estuvieron desaparecidas durante tantos años.

3.

Y llega por fin el momento de la salida; tomo el auto, me acerco hacia la casa de mi hija y converso con las nietas, una de tres años y la otra de solo un año y medio. Es el paraíso; lo más próximo a la felicidad que una persona puede imaginarse.

Lo necesitaba.

Pero al regresar de nuevo al encierro, se produce esa grata seguridad y molicie que invita a estacionarse de nuevo entre las cuatro paredes.

Los víveres tienden a concluirse; ya no hay leche y tampoco hay fruta, pero quedan sin embargo mecanismos para que se produzca “la multiplicación de los panes”, llegando a la conclusión de que es mejor permanecer en este dulce encierro.

4.

He trabajado en situación de estrés para terminar unas “memorias por encargo” de mi hermana Mónica, que permanece en su hogar con una grave y dolorosa enfermedad. A veces la “envidio” por la cantidad de atenciones y asistencia que recibe. “Yo tengo que arreglármelas solita”, reflexiono.

Y en esto recuerdo a los enfermeros del hospital J.J.Aguirre, cuando sometiéndome a una delicada operación y permaneciendo en sala común, me recordaban que no me encontraba en una clínica privada.

5.

Y volviendo al confinamiento actual; muchas veces en medio de la soledad de tardes interminables, sintiendo incluso impulsos autodestructivos, recordé que existen seres superiores que velan por nosotros y ante las injusticias, incomprendiones y dudas, concluí que “el cielo siempre estuvo ahí, como testigo de la verdad”.

La ex presidaria Isabel, a quien por su parecido físico y por su biografía, siempre asocié con la actriz Ingrid Bergman en la película clásica “Por quién doblan las campanas”, basada en la odisea de los republicanos en la guerra civil española, nos sonríe desde el “más allá”. Allí está también sonriendo nuestro padre Oscar, acompañándonos en esta reclusión, ahora casi voluntaria.



Carmen López Barra

(Nace el 3 de septiembre de 1956, en Santiago de Chile).

Odontóloga con amor a las letras heredado de su madre. De prosa suelta, emotiva y lenguaje desfachatado.

CORAZÓN MALDITO.

*Te amo y te odio.
Dirás cómo es posible.
No sé.
Yo te amo y te odio.*

Armando Uribe Arce.

El día está nublado, triste, llueve desde anoche.

Gotas al lado de mi cabeza. Gotas en el alma.

La lluvia me ha traído recuerdos, hace días que estoy muy sensible, sentimental. No me gusta.

Vino a mi memoria el recuerdo de un gran amor que no pudo ser.

Él era casado, pero estaba separado de hecho hace varios años; se había casado muy joven, no tuvo hijos y duraron poco. En esos años no existía el divorcio, y para anular el matrimonio, ambos tenían que estar de acuerdo para mentir, y la señora nunca quiso darle la firma. ¡Somos muy perras las mujeres!

Era una relación maravillosa, mi primer amor, perfecta en todo, descubriendo el amor, la amistad, el sexo, el compañerismo, descubriendo y amando al hombre.

Supe que era casado de la peor manera, su esposa llamó y habló con mi madre.

Cuando le pregunté por qué no me lo había dicho, me respondió que tenía miedo a mi reacción...con razón.

Quería que fuéramos con su madre, la ponía de testigo que desde hace años que estaba soltero, pero yo no quise

nada, su mamá podía decir lo que él quisiera, también era hijo único, como yo, y con una madre dispuesta a todo por la bendición.

Confieso que hace un tiempo atrás tuve la idea romántica de buscarlo y vernos, lo busqué en facebook, creo. Pongo su nombre y me sale: hay una coincidencia. ¡Mi corazón latía a mil! Estaba nerviosa, me dolía la guata, no daba una, hasta que ubiqué la coincidencia, pero era un hombre más joven.

No sé si será ley de vida o por ser más viejas, pero muchas veces las madres tienen la razón, otras muchas no, eso lo he aprendido ahora, que soy yo la madre. Le hice caso a la mía y lo arranqué de mi corazón, a la fuerza y a patadas.

Desde la distancia en el tiempo, pienso que él realmente me amaba, pero mi inexperiencia e inocencia, nos jugaron en contra. Tenía 22 añitos y era muy ingenua, re lesa, diría yo. Salíamos todos los días, de lunes a domingo, había toque de queda en esos años y estábamos juntos hasta el filo del toque.

Dicen que los casados salen en horas de oficina, jamás fines de semana completos y también que son muy manilargos y que rápidamente quieren "concretar". Bueno, en este caso no fue así, me respetó y me trató con mucha ternura y amor. Pololeamos 1 año y medio más o menos.

Me trataba como a una princesa. Recuerdo una vez que fuimos al cine y a la salida se queda mi zapato de taco delgado, fino, atrapado en esos adcretos que puso un alcalde famoso por modernizar nuestro centro. Quedé parada, descalza, y él actuó tan rápido, me besa la frente, recoge mi zapato, se inclina y me lo pone en el pie cual príncipe de cuento. ¡Me derretí! Ya estaba atrapada en su red. Sin vuelta, sin posibilidad alguna de sacar el anzuelo. ¡Tampoco quería!

Él convertía mi vida en risa y alegría, con su amor y su humor. Con él aprendí a conocer la pasión sexual, a sentirla y a perderle el miedo, a disfrutarla.

En un par de citas hubo preámbulos amorosos más serios, pero quedó en eso...preámbulo...Yo me puse a llorar y él, amoroso a morir, me consolaba tiernamente y calmaba mis miedos a esa primera vez, a ese temido, desconocido y sobrevalorado sexo carnal.

Y no hubo sexo, no perdí mi santa virginidad... ¡Más lesa yo! Por suerte, porque creo que hubiera sido mucho peor el golpe, hubiera quedado más devastada emocionalmente.

La primera vez es un hito importante para la mujer. O eso nos metieron en la cabeza. Después lo borré de mi vida de un paraguazo.

Pero él insistió por mucho tiempo. Me llamaba, rogaba, hasta que me convenció de vernos. Yo iba de mala, quería puro matarlo. Y hacía que me llevara a partes bien caras, para hacerlo gastar barto. ¡Qué loco! Esa era mi venganza...que gastara plata. Ridícula. Y nunca creí sus explicaciones...que pena... Estuvo muchos años llamándome y preguntando cómo estaba y que hacía. Incluso ya estando casada, me llamaba y supo de mis hijos. Me preguntaba por

ellos, por sus nombres y sus travesuras. Pensar que podrían ser nuestros, me decía con voz nostálgica.

Por mucho tiempo hubo una relación, ya amistosa, telefónica. Me daba buenos consejos. Y justo cuando me separé ya no volvió a llamar. ¡No sabe que estoy separada y sola!

A veces fantaseo con encontrarlo y reunirnos.

Vivir lo que no vivimos en esos años.

Lo que quedó trunco.

Pero no se me ocurre cómo.

Tal vez sea mejor que quede la ilusión de lo que pudo haber sido.

Ojalá que pueda abrir mi corazón, sacarme esa coraza que tengo puesta. ¿Han leído El caballero de la armadura oxidada? En la primera lectura lo encontré ingenuo, casi tonto. En la segunda (baciendo un diplomado, la profe mezcló lo odontológico con crecimiento interior, y nos hizo leerlo y comentarlo) me sentí identificada en muchas cosas.

Y estuve un tiempo trabajando en ese crecimiento, pero luego lo dejé. Al igual que la búsqueda de ese amor.

Esta antología se creó para uso interno y personal de los participantes del taller de escritura. Los textos pertenecen a cada uno de ellos y no pueden difundirse o utilizarse sin su consentimiento.

INDICE

<i>PRESENTACIÓN DEL PROFESOR</i>	<i>2</i>
<i>LUISA de ICALMA DE ASTRID TAPIA VAN OORDT</i>	<i>3</i>
<i>ROCK HUDSON Y DOÑA ELVIRA DE JUANY LEIVA MORA</i>	<i>7</i>
<i>EL ARRULLO DE LAS TORTOLAS DE FRANCISCO ABARZÚA</i>	<i>11</i>
<i>NEBLINAS DE INGER KOCK</i>	<i>15</i>
<i>CUENTAME LO QUE PASÓ DE JEAN MARIE REUTER</i>	<i>19</i>
<i>¿DES CONFINAMIENTO? DE MARCELA JIMENEZ DE LA JARA</i>	<i>22</i>
<i>CORAZÓN MALDITO DE CARMEN LÓPEZ BARRA</i>	<i>25</i>





Milagros
PRODUCCIONES

MILAGROS
PRODUCCIONES